

Solución del examen de Historia de la PAU25 de la Comunidad Valenciana. Convocatoria de mayo de 2025

Seleccione una de las dos opciones siguientes y conteste a todos los enunciados del tema:

- a) El siglo de las revoluciones burguesas (1770-1870). La Revolución francesa. -El Imperio napoleónico.- La Europa de la Restauración.- Las revoluciones liberales y el auge de los nacionalismos.

El siglo que va desde 1770 a 1870 fue un periodo de grandes transformaciones políticas y sociales en Europa. Durante estos cien años se produjo una verdadera revolución histórica, ya que cayó el Antiguo Régimen, que era el sistema basado en la monarquía absoluta, la sociedad estamental (dividida en privilegiados y no privilegiados) y el poder de la Iglesia y la nobleza, y surgieron nuevas formas de organizar la política y la sociedad, basadas en los valores del liberalismo, la igualdad y la nación. Esta gran transformación estuvo liderada principalmente por la burguesía, una clase social que había ganado poder económico gracias al comercio y la industria, pero que hasta entonces no tenía influencia política.

El momento más simbólico del inicio de este proceso fue la Revolución francesa, que comenzó en 1789. En aquel momento, Francia vivía una profunda crisis: el rey Luis XVI había llevado al país a la bancarrota por los gastos excesivos de la Corte y las guerras, las malas cosechas provocaban hambre y subida de precios, y la estructura social era injusta, ya que los privilegiados (nobleza y clero) no pagaban impuestos, mientras que el Tercer Estado (el pueblo llano) soportaba toda la carga fiscal. Además, las ideas ilustradas, que defendían la libertad, la razón y los derechos naturales, se habían difundido por toda Europa y cuestionaban el poder absoluto del rey.

Para intentar solucionar la crisis, el rey convocó los Estados Generales, una asamblea con representantes de los tres estamentos. Pero los del Tercer Estado, cansados de no tener voz, se rebelaron, se declararon Asamblea Nacional y prometieron no disolverse hasta dar a Francia una constitución. Poco después, el 14 de julio, el pueblo tomó la Bastilla, una prisión

símbolo del poder real, iniciando así la Revolución. Ese mismo año se aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que proclamaba la libertad, la igualdad ante la ley y la soberanía nacional, y en 1791 se promulgó la primera Constitución, que establecía una monarquía parlamentaria.

Sin embargo, el conflicto con el rey y la presión popular llevaron a la proclamación de la República en 1792, y en 1793 Luis XVI fue ejecutado en la guillotina. Fue entonces cuando los jacobinos, liderados por Robespierre, impusieron el Terror, una dictadura revolucionaria en la que miles de personas fueron condenadas por traición. Tras la caída de Robespierre, se instauró un gobierno más moderado llamado el Directorio, que tampoco logró estabilizar el país.

En 1799 apareció la figura de Napoleón Bonaparte, un joven general muy popular. Ese año dio un golpe de Estado y se convirtió en cónsul, y más tarde, en emperador en 1804. Aunque concentró todo el poder, mantuvo muchas de las reformas revolucionarias. Creó el Código Civil, que recogía la igualdad ante la ley y protegía la propiedad privada; reorganizó la administración, controló la educación y firmó un acuerdo con la Iglesia.

Además, Napoleón emprendió una expansión militar por Europa, venciendo a muchas potencias (Austria, Prusia, España) e imponiendo a sus familiares como reyes en distintos países. Su objetivo era extender el modelo francés, pero esta ambición provocó el rechazo de los pueblos ocupados, que desarrollaron sentimientos nacionalistas. La guerra en España (1808-1814), por ejemplo, fue muy violenta y desgastó enormemente a su ejército. El gran error de Napoleón fue la campaña de Rusia en 1812, donde su ejército fue derrotado por el frío y la estrategia rusa. Finalmente, en 1815 fue vencido en la batalla de Waterloo y enviado al exilio.

Tras su caída, las potencias europeas se reunieron en el Congreso de Viena (1814-1815) para restablecer el orden anterior. Comenzó así la etapa conocida como la Europa de la Restauración. Se aplicaron dos principios: la legitimidad, es decir, devolver el trono a las antiguas dinastías, y el equilibrio de poder, para que ningún país pudiera dominar a los demás. Además, se firmaron alianzas como la Santa Alianza (entre Rusia, Austria y Prusia), con el objetivo de reprimir cualquier revolución liberal o nacionalista.

Pero el liberalismo y el nacionalismo no pudieron ser contenidos por mucho tiempo. Entre 1820 y 1870 estallaron varias oleadas revolucionarias. En 1820, hubo pronunciamientos militares en España (con el general Riego), en Portugal y en Nápoles. En 1830, la "Revolución de Julio" en Francia derrocó al rey absolutista Carlos X y se instauró una monarquía más liberal con Luis Felipe de Orleans. También en ese año, Bélgica se independizó de los Países Bajos. La tercera gran oleada fue en 1848, conocida como la Primavera de los pueblos, que afectó a casi toda

Europa: en Francia se proclamó la Segunda República; en el Imperio Austrohúngaro y en Alemania estallaron revueltas nacionalistas y liberales. Aunque muchas de estas revoluciones fracasaron, mostraron que los viejos sistemas estaban en crisis.

A partir de estas revoluciones, también se desarrollaron los grandes movimientos nacionalistas que buscaban la unificación de Italia y Alemania. En Italia, figuras como Cavour, Garibaldi y Mazzini unificaron los distintos Estados italianos en torno al Reino de Piamonte, con Víctor Manuel II como rey (1861). En Alemania, fue Bismarck, el canciller de Prusia, quien lideró la unificación mediante tres guerras: contra Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870). En 1871 se proclamó el Imperio alemán, con Guillermo I como emperador.

b) La Europa de la Gran Guerra: La I Guerra Mundial.- La Revolución rusa.- La Gran Depresión de los años 30.- Fascismos y nacionalsocialismo.

A comienzos del siglo XX, Europa era el continente más poderoso del mundo, con imperios coloniales que controlaban buena parte de Asia y África. Sin embargo, bajo esa apariencia de equilibrio se escondían tensiones políticas, territoriales y económicas que estallaron en 1914 con el inicio de la Primera Guerra Mundial, un conflicto que cambiaría para siempre la historia de Europa y del mundo.

Las causas del conflicto fueron múltiples. Las rivalidades entre los grandes imperios europeos por el dominio colonial, el control del comercio y el crecimiento industrial generaron tensiones. La creación de alianzas militares dividió a Europa en dos bloques enfrentados: la Triple Entente (Francia, Reino Unido y Rusia) y la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Además, el nacionalismo, especialmente en los Balcanes, provocaba conflictos entre pueblos y Estados.

El detonante fue el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austrohúngaro, en Sarajevo (junio de 1914). Austria declaró la guerra a Serbia, y por el efecto cadena de las alianzas, el conflicto se extendió rápidamente a todo el continente.

La guerra se caracterizó por ser larga, muy destructiva y moderna. En el frente occidental, en Francia y Bélgica, se luchó en trincheras, con soldados estancados durante meses. Se utilizaron nuevas armas como ametralladoras, gases venenosos, tanques y aviones, lo que aumentó el número de víctimas. Fue también una guerra total, donde la población civil participó activamente, trabajando en fábricas, apoyando al ejército o sufriendo bombardeos. En el frente oriental, donde luchaban Rusia, Alemania y Austria, la guerra fue más móvil.

En 1917 ocurrieron dos hechos decisivos: Rusia se retiró de la guerra tras la Revolución rusa, y Estados Unidos entró en el conflicto del lado de la Entente, aportando soldados, dinero y materiales. En 1918, Alemania no pudo resistir más: su ejército estaba agotado, su población sufría hambre y estallaron huelgas y revueltas. Finalmente, el 11 de noviembre de 1918, se firmó el armisticio.

Tras la guerra, en 1919, los países vencedores firmaron los tratados de paz. El más importante fue el Tratado de Versalles, que impuso durísimas condiciones a Alemania: debía aceptar la culpa de la guerra, pagar enormes indemnizaciones, perder colonias y territorios como Alsacia y Lorena, y reducir su ejército. Este tratado dejó a muchos alemanes humillados y con deseos de revancha.

También se creó la Sociedad de Naciones, un organismo internacional para garantizar la paz, aunque no tuvo la fuerza suficiente para evitar futuros conflictos.

Durante la guerra, en Rusia se produjo una de las revoluciones más importantes del siglo XX. El país estaba gobernado por el zar Nicolás II, en un régimen absolutista, con una economía atrasada, grandes desigualdades sociales y una gran pobreza entre campesinos y obreros. La participación en la guerra fue un desastre: el ejército sufría muchas derrotas, y el pueblo no tenía alimentos ni esperanzas.

En febrero de 1917, tras manifestaciones y huelgas, el zar abdicó. Se formó un Gobierno Provisional, pero no resolvió los problemas ni sacó al país de la guerra. En octubre de 1917, el partido bolchevique, dirigido por Lenin, dio un golpe de Estado y tomó el poder. Prometieron "Paz, pan y tierra" y firmaron la paz con Alemania en 1918 (Tratado de Brest-Litovsk). A continuación, se desató una guerra civil entre los bolcheviques (Rojos) y los opositores (Blancos), que terminó en 1921 con la victoria comunista. En 1922 se fundó la URSS, el primer país comunista de la historia.

La Revolución rusa tuvo consecuencias internacionales: inspiró a trabajadores y partidos socialistas de todo el mundo, y provocó el miedo en las clases altas y gobiernos europeos al "peligro comunista".

Tras la guerra, los años veinte parecían ser una época de recuperación, sobre todo en Estados Unidos, donde hubo crecimiento económico y consumo masivo. Sin embargo, en 1929 ocurrió un gran desastre: la bolsa de Nueva York se hundió (Crack del 29). Muchos inversores perdieron su dinero, los bancos quebraron, las empresas cerraron y millones de personas quedaron en paro.

La crisis económica se extendió rápidamente por todo el mundo, afectando especialmente a Europa. El comercio internacional se redujo, se aplicaron medidas proteccionistas y los gobiernos recortaron gastos. En Alemania, por ejemplo, la crisis agravó la situación ya difícil tras la guerra y el Tratado de Versalles. Millones de alemanes sin trabajo empezaron a buscar soluciones radicales.

En Estados Unidos, el presidente Roosevelt aplicó el New Deal, un conjunto de medidas para recuperar la economía mediante obras públicas, ayudas sociales y control de la banca, inspiradas en las ideas del economista Keynes.

En un contexto de crisis económica, miedo al comunismo y desconfianza hacia la democracia, aparecieron regímenes totalitarios en Europa, como el fascismo en Italia y el nacionalsocialismo en Alemania.

En Italia, el líder Benito Mussolini fundó el Partido Fascista y prometió orden, grandeza nacional y lucha contra el comunismo. En 1922, organizó la Marcha sobre Roma y fue nombrado jefe del gobierno. Estableció una dictadura: eliminó los partidos políticos, controló la prensa y persiguió a los opositores. Su ideología defendía el nacionalismo extremo, la superioridad del Estado y la obediencia al líder (el Duce).

En Alemania, la profunda crisis provocada por el crack de 1929 agravó todavía más la situación social y económica del país, que ya arrastraba las consecuencias del Tratado de Versalles. Millones de personas estaban en paro, y la población vivía con miedo, inseguridad y desconfianza hacia la democracia. En este contexto de desesperación, muchos alemanes empezaron a apoyar al Partido Nazi, liderado por Adolf Hitler, que prometía orden, trabajo y devolver a Alemania su grandeza perdida.

En 1933, Hitler fue nombrado canciller y, poco después, aprovechando un incendio en el Parlamento, suspendió derechos y libertades, ilegalizó los partidos de la oposición y estableció una dictadura totalitaria. Su régimen se caracterizó por un nacionalismo extremo, donde se exaltaba la superioridad del pueblo alemán sobre los demás. Además, promovía un fuerte racismo y antisemitismo, ya que culpaba a los judíos de todos los males del país, desde la derrota en la guerra hasta la crisis económica. También impulsó el militarismo y la expansión territorial, con la idea de conquistar nuevos territorios para Alemania. Por último, el régimen se basaba en el culto al líder, ya que Hitler, conocido como el Führer, era presentado como un salvador infalible al que todos debían obedecer sin cuestionar.



Hitler abolió las libertades, usó la propaganda, creó la Gestapo (policía secreta) y empezó a perseguir a los judíos con leyes como las de Núremberg (1935) y la Noche de los cristales rotos (1938). Mientras tanto, Alemania se rearmaba y se preparaba para una nueva guerra, lo que llevó al estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939.

